

Figuras en la pared¹

Jordi Doce

En una de las secciones iniciales de *Historia de una vida*, la correspondiente a su breve estancia infantil en Manchester, Elías Canetti (Rustschuk, 1905-Ginebra, 1994) prelude el descubrimiento de los libros, asociados desde un primer instante a los comentarios y enseñanzas de su padre, con el relato de su trato con la gente del «empapelado», en realidad «numerosos círculos oscuros» que tapizan las paredes y que el niño de seis años convierte de inmediato en interlocutores de sus fantasías. Estos círculos, afirma Canetti en una suerte de eco de *The Yellow Wallpaper*, el famoso relato de Charlotte Perkins Gilman, «me parecían personajes. Inventaba historias en las que éstos aparecían, por una parte yo se las contaba, por otra ellos actuaban en ellas». Lo curioso de estas líneas no es la anécdota en sí, bastante común a muchas infancias, sino el modo en que Canetti parece describir por adelantado el talante que domina el libro y que gobierna su relación con los diversos personajes que lo recorren: «Sólo recuerdo que incitaba a los personajes del papel a realizar grandes hazañas, y cuando ellos se negaban les hacía sentir mi desprecio. Los animaba, los increpaba, y como yo siempre tenía un poco de miedo cuando estaba solo, les reprochaba a ellos ser unos cobardes». Como la obra de creación que es (creación desde la memoria, o mejor: creación de la memoria), *Historia de una vida* ofrece las claves que permiten interpretarla. El recuerdo del empapelado enlaza con el gusto del escritor maduro por la caricatura hiperbólica y la reducción del personaje a un rasgo que lo envuelve y define. Se trata, en el fondo, de la misma operación: si el niño crea a una persona a partir de un círculo, el escritor desvela el trazo definitorio y reconstruye con él al personaje. Así, Hermann Broch es descrito como «un pájaro grande y hermoso, pero con las alas cortadas», que parecía recordar «los tiempos en que aún podía volar». El escultor Fritz Wotruba, al que llama su

¹ Cito por Elías Canetti, *Historia de una vida*. Obra completa, t. II, traducción de Genoveva Dieterich y Andrés Sánchez Pascual, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, 1216 pp., volumen que reúne, en edición revisada al cuidado de Andrés Sánchez Pascual, los tres libros previamente publicados por Muchnik Editores: *La lengua salvada* (antes titulado *La lengua absuelta*), *La antorcha al oído* y *El juego de ojos*.

«hermano gemelo», aparece golpeando «diariamente contra la piedra más dura», como trasunto de la propia agresividad que Canetti había aprendido de Karl Kraus. El director de orquesta Hermann Scherchen le proporciona un modelo químicamente puro de la figura del «dictador», objeto de un estudio que pasa de la antipatía inicial a un respeto casi afectuoso. El breve encuentro con Joyce, que tuvo lugar en Zurich en el transcurso de una lectura pública de *La comedia de la vanidad*, se reduce a consignar la extraña frase («Yo me afeito con navaja ¡y sin espejo!») con que Joyce reaccionó a la prohibición de los espejos que era el motivo central de la obra. Canetti obtiene un indudable placer de estas caricaturas, que asigna incluso a sus maestros en el oficio: la visita a Berlín en 1928 es ocasión para que Georg Grosz comparezca como uno de sus propios personajes, «colorado, borracho, en un estado de excitación incontrolable» mientras persigue a una poeta amiga. El gusto por lo grotesco se extiende también a su retrato de Bertold Brecht, escrito con una mezcla ambigua de respeto y animadversión: ni siquiera la sorpresa de ver a su idolatrado Karl Kraus a la mesa de Brecht suaviza su antipatía por el hombre.

Esta voluntad caricaturesca no es sólo un rasgo retórico sino que entraña, diríamos, una concepción de la existencia. Su origen, desde luego, se remonta al impacto que ejerce sobre el joven Canetti la figura de Karl Kraus, a quien descubre en Viena al mismo tiempo que a Veza, su futura esposa. Más que las páginas de *Die Fackel*, lo que impresiona a Canetti es el verbo histriónico y salvaje de un Kraus que ejerce de inquisidor sin más apoyo que su inteligencia veloz y su inagotable capacidad de indignación: su luz, desde el principio, es más audible que visible (de ahí el título del segundo volumen de estas memorias, *La antorcha al oído*). Como buen satírico, las herramientas de Kraus son la ironía violenta, la hipérbole y el juicio sumario a partir de un puñado de evidencias escogidas, rasgos que en mayor o menor medida están presentes en la obra de Canetti, aunque dulcificados por ciertas lecturas (Confucio, los poetas chinos, los presocráticos) y su relación con al menos dos figuras clave de sus años vieneses: su primera mujer, Veza, y el enigmático doctor Sonne, poeta y erudito hebreo que ocupa el tercer volumen de estas memorias a modo de contrapeso de Kraus: Canetti rubrica este paralelismo al describir físicamente a Sonne como un doble silencioso y circunspecto de Kraus: «Ver *callado* a Karl Kraus, sin lanzar acusaciones ni censuras aniquiladoras, tenía tanta importancia para mí que intenté imaginarme que lo era. El encuentro cotidiano con su rostro, un encuentro que transcurría en silencio, lo utilizaba yo para ir liberándome de la avasalladora fuerza que aquella cabeza poseía cuando hablaba». Sonne, con quien se reúne casi diariamente en el café Museum a

lo largo de la década de los treinta, constituye para Canetti, más que un modelo intelectual, un guía moral: su figura encarna una actitud de rigor y vigilancia escéptica que templan el ánimo vehemente del joven escritor y lo preparan para la travesía del desierto de *Masa y poder*, que aún tardará un cuarto de siglo en completar. Como el «sol» de su apellido, es inalcanzable pero también como el sol, conviene dosificarlo. Canetti relata con fruición la antipatía de Veza hacia un hombre que parece sumir a sus interlocutores en la parálisis de la duda y el escrúpulo excesivos. Ante Sonne, afirma Canetti, uno se siente indigno y aprende a desconfiar de sus deseos; pero lo que Veza teme es que el exceso de lucidez sea el peldaño previo a la esterilidad. Su figura, que en un principio viene a resolver la cuestión planteada por Broch sobre si es posible la existencia de un ser humano «bueno» («¿cómo tendría que ser, si es que existía? ¿Le faltaban algunos atributos por los que los demás se dejaban arrastrar?») ayuda a comprender la distancia que separa al novelista del autor, más reflexivo y fragmentario, de *Masa y poder* y *La provincia del hombre*. Por lo demás, la mirada hiperbólica del escritor vuelve a hacerse presente y nos dibuja a un santón con la misma destreza con que había envuelto a Kraus en las ropas llameantes de su antorcha. Estilista de café, anacoreta escondido entre las páginas de su periódico, Sonne encarna el polo afirmativo de la imaginación maniquea de Canetti.

El influjo de Kraus moldeó a un Canetti ya predispuesto a las maneras del desprecio inquisidor y la superioridad moral gracias a su madre, el tercer gran personaje de estas memorias y cuya muerte cierra literal y simbólicamente el conjunto. El formidable retrato que emerge de estas páginas es el de una mujer culta y de gran inteligencia, pero también altiva y arrogante, con una conciencia aguda de sus orígenes sociales: los de una rica familia sefardí que había preservado intacto su pasado castellano. Canetti asocia sus primeros recuerdos de la ciudad búlgara de Rustschuk, donde nació, a este orgullo de raza: «Con superioridad ingenua se menospreciaba a otros judíos, una palabra que siempre estaba cargada de desprecio era *todesco*, referido a un judío alemán o askenasi». Lectora de Shakespeare (su obra favorita era *Coriolano*) y de Strindberg, que alimentaba su intensa misoginia, fue ella quien introdujo a su hijo en «el mundo del espíritu», pero también quien grabó en su carácter la obstinación perfeccionista y casi megalómana que uno vislumbra en muchos de los juicios y declaraciones del escritor. En su haber cabe reseñar su condición de joven viuda a cargo de tres niños (su esposo murió en 1912) en una Europa cruzada por la violencia y la depresión económica. No debió de ser fácil mantener y educar a sus hijos lejos del hogar familiar, peregrinando por una sucesión de pensiones